

# La violencia social traumática: un desafío a nuestra adaptabilidad inconsciente



Silvia Amati Sas  
Sociedad Psicoanalítica Italiana

## ABSTRACT

*Traumatic social violence provokes adaptive transsubjective phenomena of banalisation, familiarity and obviousness, which can be understood as a "defence through ambiguity" that leads to an "adaptation to whatsoever". In a state of ambiguity there is numbing of critical thinking and of the alarm mechanisms. During the psychoanalytic process with survivors of social violence (torture, etc.) we can find a secret refusal of the external alienating situation in the intrapsychic representation of an "object to be saved", an object of concern. In this paper, Ferenczi's concept of "identification with the aggressor" (introjection of the culpability of the abuser on the child's subjectivity) is compared with clinical experience. We try to understand and challenge through comprehension and insight the subjective consequences of traumatic violence, in the three spaces of subjectivity (intra-, inter-, trans-) considering psychic dynamics in relation to reality contexts.*

## RESUMEN

*La violencia social traumática provoca fenómenos adaptativos trans subjetivos de banalización, familiaridad y obviedad que pueden entenderse como una defensa a través de una ambigüedad difusa que conduce a un "adaptarse a cualquier cosa". En un estado de ambigüedad se nubla el pensamiento crítico y los mecanismos de alarma. Durante el proceso psicoanalítico de los sobrevivientes de la violencia social (tortura, etc.) se puede encontrar una secreta denegación de la situación externa alienante en la representación intrapsíquica de un "objeto a salvar", un objeto de importancia. En este trabajo se compara el concepto de identificación con el agresor de Ferenczi (introyección de la culpabilidad del abusador en la subjetividad del niño) con la experiencia clínica. Se busca entender y desafiar, a través de la comprensión y el insight, las consecuencias subjetivas de la violencia traumática en los tres espacios de subjetividad (intra, inter y trans) tomando en consideración la dinámica psíquica en relación con el contexto social.*

**Palabras clave:** ambigüedad, “defensa a través de la ambigüedad”, “adaptación a cualquier cosa”, “objeto a salvar”, “identificación con el agresor”, transubjetividad.

---

## La violencia social traumática: un desafío a nuestra adaptabilidad inconsciente<sup>1</sup>

Desde el momento en que la violencia social traumática es un *desafío para nuestra adaptabilidad inconsciente*, el problema psicoanalítico que propongo en mis reflexiones es aquel de precisar, comprender y desafiar nuestra adaptabilidad subjetiva para evitar sus trampas.

¿En qué medida estamos adaptados a la violencia social del mundo?, ¿en qué medida estamos alienados a ella que, hasta sin darnos cuenta, somos sus agentes? Creo que este es el penoso interrogante que debemos mantener abierto en la discusión psicoanalítica si queremos verdaderamente ser capaces de afrontar esta área fundamental de problemas con mayor consistencia.

Todos sabemos, más o menos conciente o inconcientemente, que en nuestra civilización existen niveles de violencia social no integrables a nuestra subjetividad, y quizás ni siquiera a nuestra mente, como si un cierto engranaje del mundo socioeconómico y tecnológico hubiera sobrepasado los límites de una moral suficientemente humana, capaz de responder a la necesidad básica de seguridad y certeza, necesaria para restituir y mantener como posible un “pensamiento responsable”, usando las palabras de G. Tagliacozzo. Por eso se trata de dar escucha psicoanalítica a los muchos aspectos de la violencia social paradigmática del contexto-mundo en el cual está situado e inserto nuestro *setting*. Creo, en efecto, que hoy ya no es aceptable proceder “como si” el problema de los contextos sociales y de la transubjetividad no fueran parte del “material psicoanalítico” (Puget, 1995).

A la luz de la experiencia terapéutica con pacientes que han retornado de situaciones de extrema violencia social, considero igualmente importante retomar el artículo de Ferenczi sobre *La confusión de las lenguas entre los adultos y el niño* y confrontar su concepto de “identificación

---

<sup>1</sup> Trabajo publicado en *Ferenczi Oggi*, VV.AA. bajo el cuidado de Franco Borgogno y editado por Bollati Boringhieri editore, Torino, Italia, en julio de 2004. Título del original: *La violenza sociale traumatica: una sfida alla nostra adattabilità inconscia*.

Traducción: Norma Cerrudo. Revisión técnica: Alicia Casullo.

con el agresor” con las ideas de “adaptación a cualquier cosa” y de “objeto a salvar” que me fueron sugeridas por el trabajo clínico con sobrevivientes de situaciones extremas (tortura, campo de concentración, “desaparición”). En estos casos considero imprescindible intentar comprender la dinámica psíquica en relación con el contexto social, teniendo en cuenta tanto los fenómenos *intrasubjetivos* –las relaciones entre el Yo y los objetos internos–, los *intersubjetivos* –las relaciones y vínculos entre el “sí mismo” y los objetos de la realidad externa– y aquellos *transubjetivos* que atañen a los vínculos entre el sujeto y los contextos sociales compartidos (Puget, 1995)<sup>2</sup>. Desde este punto de vista resulta particularmente esclarecedor el concepto de “ambigüedad” y de su “deposición” en los contextos del mundo externo a través del “vínculo simbiótico”, que propuso José Bleger (1972).<sup>3</sup>

En el título que he dado a este trabajo está implícita mi intención de poner en discusión aquellas formas psíquicas que muestran la acepta-

---

<sup>2</sup> Según Janine Puget, a cada uno de estos espacios le corresponden representaciones y defensas propias.

<sup>3</sup> “Ambigüedad” y “deposición” son dos conceptos fundamentales de Bleger. La deposición en el mundo externo de un “núcleo de indiferenciación primaria” a través del así llamado vínculo simbiótico concierne al problema de la realidad psíquica subjetiva y su inevitable dependencia de un depositario en la realidad externa (personas, instituciones, etcétera). Lo que se deposita es un “núcleo ambiguo” y la ambigüedad es su expresión clínica. En este modelo dinámico, la premisa de fondo es que el núcleo ambiguo no puede ser sostenido por el sujeto mismo; su deposición procura a éste una complementariedad absolutamente necesaria e ineludible, que otorga seguridad y pertenencia, estableciendo un clima afectivo que permite la familiaridad con el ambiente –objetos externos o contextos– donde cada sujeto deposita angustias e incertidumbres insalvables). Cuando hay cambios bruscos del contexto depositario, por crisis en la vida del sujeto (emigración, duelo...) o del grupo de pertenencia (derrumbe económico, terror social...) la movilización de la ambigüedad que ha perdido sus depositarios habituales puede manifestarse con incertezas y angustias de diversa tonalidad. El retorno (reintroyección) masivo de la ambigüedad (por la pérdida de los depositarios) provoca angustia catastrófica y vivencias de despersonalización que pueden oscilar entre pánico, obnubilación, aturdimiento, perplejidad o, por el contrario, consciencia hiperlúcida, es decir una comprensión intuitiva y global de la situación (Winnicott, 1974). En el mundo interno (intrapsíquico), la posición ambigua (pre-esquizoparanoide) corresponde a una posición de no conflictualidad y de no discriminación entre valores o términos contradictorios (sea en los afectos o en las fantasías, pensamientos, comportamientos). En la dinámica de la intersubjetividad (vincularidad), la cualidad elástica, oscilatoria y proteiforme de la ambigüedad puede disimular, falsificar, equivocar, adecuar o conformar. La cualidad conformista de la ambigüedad modifica lo conflictual en figuras de compromiso tanto en los gestos como en el lenguaje. En las situaciones de violencia traumática transubjetiva, la instalación de un estado de ambigüedad funciona como un “mecanismo de adaptación” (Parin) y, al mismo tiempo, como una “defensa mayor” que implica una aceptación acrítica de la realidad externa que, sin embargo, no es negada ni denegada. Además de tener una función adaptativa y acomodante, que puede provocar indiferencia y conformismo en el sujeto, la ambigüedad tiene una función obnubilante que ofusca y aturde la intensidad de los afectos pero sin anularlos.

ción tácita de cualquier realidad social, cercana o lejana, aún la más injusta o ilegítima, confiriéndole obviedad, familiaridad y banalidad.<sup>4</sup>

La cualidad psíquica que permite esta fácil familiaridad (banalización, obviedad, indiferencia) con cualquier contexto social implica la “aloplasticidad” del Yo –de la que hablan Freud y Ferenczi–, o la maleabilidad de la “parte psicótica de la personalidad” –de la que habla Bion–. La idea de Bleger de un “núcleo ambiguo”, de imprecisiones, incertezas, indeterminaciones, aloplástico y maleable, que es simbióticamente proyectado en el mundo externo y depositado en los contextos más variados (personas, instituciones, etcétera), permite imaginar que los cambios provocados *intencionalmente* en el contexto del mundo externo pueden llegar a perturbar los niveles afectivos profundos de la personalidad, desde el momento que el contexto social sostiene y procura a los sujetos la necesaria ilusión de pertenencia, seguridad y certeza.

Sin embargo, en nuestro trabajo psicoanalítico existe una intrínseca “filosofía del rechazo de la fatalidad”, como sostiene Levinas, un desafío a la resignación que el terapeuta asume frente a traumas y violencias voluntariamente infligidas por seres humanos a otros seres humanos. En estas circunstancias, nuestra tarea psicoanalítica no es sólo “volver consciente lo inconsciente”, o “integrar las disociaciones”, sino también hacer pensables y simbolizables el trauma y sus defensas inconscientes (fragmentaciones, escisiones, disociaciones) y dar al paciente la posibilidad de transformar la ambigüedad defensiva, es decir, su no conflictualidad, en ambivalencia crítica, transformando su alienación, en sentido crítico y en capacidad de juicio<sup>5</sup>. No se trata sólo de ayudar al paciente a descifrar sus afectos “aniquilantes”, la vergüenza y la angustia catastrófica, la pérdida de sentido y de significado, la alteración de su sentimiento de identidad, sino también de llevarlo a que se permita *deslegitimar la violencia sufrida*, oponiéndosele claramente.

Desgraciadamente, ciertos modos de pensar la teoría psicoanalítica pueden, de manera paradójica, cerrar los espacios de comprensión ya que, a pesar de los muchos y diversos lenguajes teóricos hoy utilizados, con

---

<sup>4</sup> Ha sido tácita la aceptación de que el poder de los ataques nucleares se mide en “megamuertos” (millones de muertos), palabra que no es, precisamente, una metáfora sino la medida de la extensión concreta del fenómeno. Travestida con esta expresión “megamuertos” la medida en cuestión, obviamente, ya no perturba a ninguno, ni a los científicos o técnicos que piensan y construyen objetos de muerte, ni aún a nosotros, eventual masa mortificada (Amati Sas, 1985).

<sup>5</sup> Considero “alienación” en el sentido de P. Aulagnier: como un cambio en el propio pensamiento, o en los afectos del sujeto a causa de la acción de algún otro, sin que el sujeto mismo se dé cuenta.

bastante facilidad se cae en la estereotipia. Este es el motivo por el cual todavía tantos psicoanalistas interpretan la violencia social traumática sufrida por un paciente como un deseo inconsciente del paciente, o como una repetición de su pasado, reduciendo, en consecuencia, el trauma psíquico de origen social a la fantasía o al deseo de la víctima. Ferenczi, por lo contrario, ofrece una apertura clínica devolviéndole valor al sentido de realidad en el trabajo psicoanalítico y reequilibrando su muy fácil exclusión a favor de la realidad psíquica. A la reevaluación de la realidad externa sostenida con pasión por Ferenczi, propondría agregar la urgencia de considerar los contextos de la realidad social y sus funciones dinámicas, en tanto que depositarios de los aspectos más imprecisos, inciertos, indiscriminados e indiferenciados de la subjetividad de cada uno y de todos.

La violencia social traumática es una violencia organizada, que busca racionalmente ser justificada a través de cualquier medio; pero los motivos adoptados para justificarla, sean ideológicos, religiosos, étnicos, mafiosos u otros, remiten siempre a instancias y a intereses institucionales del poder.

La violencia social, si bien sobre el plano intrasubjetivo entraña la regresión defensiva a un estado de ambigüedad,<sup>6</sup> en el plano intersubjetivo provoca, indudablemente, una gran alteración en las relaciones humanas y, sobre todo, introduce el malentendido (el equívoco, la paradoja, la ambigüedad). Aunque el daño se realice en un sujeto singular, la violencia social terrorífica indefectiblemente siempre está dirigida a la transubjetividad, porque alterando o destruyendo los contextos de seguridad compartidos lleva a un conjunto o a una población entera al conformismo y a la incapacidad de crítica.

En el esfuerzo por entender las señales afectivas, empáticas o contratransferenciales, y las defensas que corresponden a la región transubjetiva de la mente, es inevitable no perder de vista que paciente y terapeuta están inmersos en el mismo macrocontexto social.

\*\*\*

Abordaré ahora la violencia social en su aspecto clínico, refiriéndome a una paciente mía, Altea, una estudiante que militaba, veinte años atrás, contra la política opresiva de su país latinoamericano. Altea fue "desaparecida" y terminó en un campo de concentración a la edad de diecinueve años. A la salida de este campo y luego de un azaroso exilio,

---

<sup>6</sup> Véase nota 2.

hace un trabajo psicoanalítico conmigo que duró alrededor de una decena de años.

Consultando mis apuntes de aquellos años, encontré más de una vez el concepto de “identificación con el agresor”. Pero recuerdo haberme abstenido de usarlo cuando hablaba en el ámbito psicoanalítico de los pacientes sobrevivientes, porque la “identificación con el agresor”, codificada en el sentido más habitual (como la describe Anna Freud)<sup>7</sup> podía ser fácilmente entendida como una identificación con los aspectos crueles y tanáticos, e incluso ideológicos, del agresor. Al evitar hablar en público de la “identificación con el agresor”, intentaba proteger a mi paciente y a su dignidad, ofreciéndole aquella “presunción de inocencia” (Aulagnier, 1979) y aquella “escucha respetuosa” y no sospechosa (Nissim Momigliano, 1992) que para nada daba por descontada, aunque fueran mis colegas. Era sin embargo para mí evidente la identificación de Altea con un particular personaje del campo de concentración que se había atribuido, muy hábilmente, un rol transferencial para tomar y ocupar el lugar de los padres. El “impostor”, así lo llamaré, era un militar, un personaje inteligente y profundamente manipulador, probablemente atraído y seducido –por su necesidad de ejercitar su “pulsión de dominio”– por el “fuerte” temperamento de Altea (la he denominado Altea, precisamente, porque era orgullosa y altanera).

Desde las primeras sesiones me sentí testigo de la lucha interior de Altea entre su sumisión inconsciente y su resistencia al impostor.

Es preciso tener en cuenta, sin embargo, que la “identificación con el agresor” era solo un aspecto del problema, ya que en el campo de concentración el sentido de identidad del prisionero está absolutamente condicionado por su pertenencia a un contexto perverso. A pesar de los esfuerzos de Altea por individualizarse y “sobrevivir como persona” en la situación del campo, se podía notar en ella una neta “zona gris”, zona ambigua, según la definición de Primo Levi.

El episodio que quiero relatar tiene lugar dos años después de finalizado el tratamiento, cuando Altea me pidió retomar su análisis. El moti-

---

<sup>7</sup> [Nota de Editor.] El término identificación con el agresor fue introducido por Ferenczi en 1932. Su concepción era muy diferente del uso posterior que le da Anna Freud en 1936 y cuya significación entra en uso en la comunidad psicoanalítica. Según A. Freud “al ejecutar el papel del agresor, asumiendo sus atributos o imitando sus agresiones, el niño [...] se transforma de persona amenazada en la que amenaza” (Freud, A. 1961 p.125), hace activo lo pasivo. Ferenczi, lejos de referirse a un hecho limitado se refiere al cambio en el mundo perceptual de una persona que reacciona disociándose ante una situación traumática imprevista cuyo sentido no comprende.

vo del pedido era que sus familiares habían observado que últimamente “se dejaba hacer” cosas absurdas, como dejarse tratar un diente en lugar de otro, sin reaccionar ni protestar. Altea pensaba que esto todavía era un resabio de su experiencia traumática.

Como Altea insistía, acepté que nos encontráramos esporádicamente, dado que no vivíamos más en la misma ciudad. En nuestro tercer encuentro Altea llegó con un libro, declarando que “esta vez había encontrado lo que buscaba”. El libro era *Franza*, de Ingebor Bachman, la narración en primera persona de la vida de una mujer que cae en manos de un médico ex nazi, una especie de Barba Azul, con el que se casa. Sólo con el tiempo se da cuenta que él la expone a sutiles maltratos psíquicos como ya había hecho con sus otras mujeres, que habían acabado suicidas o enfermas mentales. En un momento de lucidez Franza consigue escapar. El relato narra el recorrido desde la toma de conciencia de su alienación hasta la muerte accidental de la protagonista. Altea me muestra el libro en el que había subrayado algunos pasajes. En uno sobresalía la palabra “infamia” y en otro, un episodio que le pedí a Altea que me lo leyera en voz alta, Franza se encuentra en un lugar perdido de Egipto, donde alguien le da un fuerte golpe en la cabeza, a consecuencia del cual morirá. Es el fin, pero en ese momento Franza logra pensar: “¡No! ¡No!”. Interpreté rápidamente que ese “¡No! ¡No!” era aquello que ella vino a buscar de mí: su “no” que ella había depositado aquí, y que ahora había recuperado. ¡Sólo en aquel momento comprendí con claridad que Altea todavía no había podido asumir por sí misma y de manera estable, su rechazo a la situación concentracionaria!

Ciertamente yo había sido para ella el depositario de su fardo de emociones penosas y de experiencias indecibles, durante todos aquellos años, en los cuales Altea había elaborado gradualmente la situación de violencia; descubrí que le había garantizado, o quizás había representado para ella, su “no”. Incluso me he preguntado si aquel “no” era el suyo o fue el mío, en referencia a mi continua “alarma ética” para poder observar, discriminar e interpretar aquello que en ella se presentaba bajo la forma de “identificación con el agresor” y de “adaptación a cualquier cosa”. Fui con ella testigo, pero también participante, porque también yo pertenezco, en mi “íntima transubjetividad”, a la infame humanidad en la que suceden estas cosas!

He sido testigo del difícil proceso de transformación de Altea, de su esfuerzo por salir de la confusión separando tiempos y lugares, y de su empeño por individualizarse y expulsar de sí aquel mundo parasitario



en el que había estado inmersa. En la contratransferencia me he considerado la depositaria y la garante de la existencia de “la primera Altea”: aquella que había sido obligada a devenir en “la Altea del campo”, aquella que había sido golpeada en su autoestima. Decir que era depositaria significa que había asumido una función continente de “holding” activo, en la cual le interpretaba devolviendo, poco a poco, significado y sentido a sus pensamientos, a sus memorias y a sus sueños, teniendo cuidado de respetar los tiempos de su capacidad de *insight* y de su “tolerancia al displacer”, por la trágica realidad vivida y la horrorosa verdad experimentada.

La vergüenza percibida por Altea demostraba el conflicto entre las diversas imágenes de sí misma.

El sentimiento de vergüenza aparece cuando el paciente está saliendo de su simbiosis con el mundo concentracionario que lo ha ocupado, en el momento en el cual el paciente recupera el sentimiento de poder elegir su propio comportamiento y llegar a la evidencia de los aspectos de su propia pasividad, haber aceptado lo que no quería [...] haberse “adaptado a cualquier cosa” (Amati Sas, 1991, p.101)

El largo recorrido psicoanalítico hecho juntas me ha permitido describir los pasos sucesivos de su vergüenza, como una “escalera” de la vergüenza.

[...] he percibido la existencia de “paliers” en la elaboración de la vergüenza, como si, progresivamente, ciertos sentimientos de vergüenza intolerante dejaran lugar a otros sentimientos de vergüenza intolerables. A medida que cada experiencia pudo ser elaborada y situada en su contexto particular, se ven surgir los otros niveles de la experiencia penosa que se intentaron reprimir.” (Amati Sas, 1989, p.102).

Las primeras señales de vergüenza que aparecieron en Altea fueron aquellas ligadas a “perder la cara”, a perder la imagen que el sujeto puede tener de sí mismo en su contexto social y familiar; luego se manifestó la vergüenza en relación con situaciones inesperadas que ella no había podido prever o anticipar: situaciones donde el yo se encontró frente a “fenómenos sensoriales no transformables con los medios de simbolización a su alcance” (Berenstein y Berenstein, 1985). En casos como éstos las acciones y los comportamientos imprevistos sorprenden al sujeto y rompen su sentimiento de continuidad interna.



Desde el comienzo del análisis Altea expresa, sin saberlo, una intensa vergüenza: anteojos negros, cabellos tapándole el rostro y gestos evasivos.

[...] llegó muy penosamente a decir que lo que sentía como su vergüenza máxima era la relación afectiva con uno de los personajes del campo de concentración. Luego, sucesivamente, aparecieron sentimientos de culpabilidad y de vergüenza en relación con su culpabilidad. Sólo mucho más tarde, cuando ya había recuperado su integración y los niveles más maduros de funcionamiento psíquico, llegó a expresar a través de sueños y recuerdos una vergüenza hasta ahora inabordable: “el hecho de haberse adaptado y de dejado condicionar a formas de actuar y de pensar, al cinismo y la inhumanidad de la situación concentracionaria (Amati Sas, 1989, p.102).

Seguramente Altea tenía necesidad de la “presunción de inocencia” (Aulagnier, 1979) porque, cuando relataba ciertos episodios en los cuales debió hacer concesiones y adaptarse activamente a la lógica del régimen militar, hablaba como si en aquellas situaciones hubiese actuado por su propia voluntad. A partir de esto se puede entender la importancia de sus “No. ¡No!” y de su desafío a la infamia, que estaba siempre presente en ella, pero que sólo ahora asumía más consabidamente. Un claro “no” al impostor, pero también un “no” metáfora liberadora que pone, simbólicamente, fin a la dependencia terapéutica, aunque yo siguiera siendo para ella, por un largo tiempo, un testigo indispensable de su capacidad de transformación postraumática.

Como ya he dicho, he percibido inmediatamente que Altea luchaba contra una disociación; por un lado era coherente consigo misma y con su “proyecto identificador” (Aulagnier, 1979), con sus ideales de justicia y autenticidad; empero, por el otro, estaba completamente alienada a la vida del campo y al impostor que –convertido en saboteador interno, un Superyó parásito– le exigía lealtad. Indudablemente los aspectos más ambiguos de sí misma depositados en el contexto perverso (su “adaptación a cualquier cosa”) le tornaban familiar la situación de la realidad que había vivido; pronto noté que esto se expresaba en una suerte de “impregnación” del estilo militar en sus gestos y también en un modo altanero, despreciativo de juzgar a otros. Altea no parecía tener conciencia de ello, aunque se intuía cuán vergonzosas eran para ella su imitación inconsciente y su involuntaria obediencia al sistema de poder. La inten-

ción del impostor era someter a la prisionera en todas las maneras posibles, y en este sentido hizo, incluso, concesiones de estima y de comprensión política para seducirla. Altea, por su parte, explicaba su propio apego al impostor con el deseo de redimirlo, desde el momento en que creía que él era moralmente mejor que el perverso sistema en el cual “trabajaba”. En un estilo psicopático, el impostor llegaba a dar una imagen válida de sí mismo y tenía la pretensión de ser reconocido por ella como su salvador (“fascinación del kitsch”, como diría Friedlander, 1982).

Durante el cautiverio el impostor le “concedió la gracia” de contactar a sus padres; a partir de ese momento su preocupación por ellos dio lugar, en ella, a un insomnio incoercible y en sus padres, a un torturante dilema moral.

Por todos estos elementos, el impostor estaba presente en el campo terapéutico como un objeto bien definido que Altea protegía y al cual, simultáneamente, se oponía. Mi intención psicoanalítica fue reconocerlo como una figura de transferencia que se había impuesto a ella y que todavía ocupaba, con su influencia y sus engaños, el espacio interno de Altea. Luchar contra este agente de poder, usurpador del mundo interno, significaba por lo tanto reconocerlo y desarmarlo simbólicamente, pero – ¡ay de mí! – no debía olvidar que era una figura inquietante de la realidad externa, visto que, más allá del océano, en su ciudad natal, los familiares de Altea continuaban siendo objeto de amenazas anónimas. Altea no podía, por esto, liberarse del “estado de amenaza” (Puget, 1995) que la inmovilizaba aún a distancia. En su vulnerabilidad, Altea reaccionaba de manera maníaca, denunciando y testimoniando activamente, cosa que sus familiares soportaban muy mal, dada su condición de rehenes.

En este clima, mi responsabilidad y mi “sentido de realidad” estaban en alerta total. El vínculo subjetivo de Altea con su reciente pasado traumatizante era, de hecho, continuamente reforzado (casi como en los viejos experimentos clásicos sobre el condicionamiento) a través de las persistentes acciones inquietantes sobre su familia. No había, para mí, ningún motivo para tomar estos hechos como fantasías, y tanto menos para considerar injustificados los miedos inducidos.

Altea –sobre todo cuando se empeñaba en realizar denuncias y testimonios en las diversas organizaciones de derechos humanos– ha pasado momentos de intenso pánico con grave insomnio, en los cuales, de manera casi alucinatoria los personajes del campo de concentración se imponían a su conciencia.

Un sueño ilustra su situación interna de aquel momento: Altea se

ve de pie sobre una pequeña colina en el jardín de una organización internacional. Delante de ella ve a un grupo de operadores que se ocupan de refugiados. Detrás de ella, caminando lentamente a lo largo de una parte del parque, avanza un torturador, que hace tintinear un mazo de llaves en un modo particular, bien conocido por Altea. "Perdiste, nena", le dice. En aquel momento Altea siente que la han fusilado y, sin sentir dolor, ve caer gotas de sangre sobre su pecho "como si fueran lágrimas". "¿Cómo es posible?", se pregunta, sin comprender quién la había fusilado. Se despierta llorando desesperadamente y llora también en sesión al contar el sueño. Inclusive yo experimento un íntimo llanto contratransferencial, que me lleva a decirle que ella se ve como una niña perpleja enfrentada al horror de un mundo al que no alcanza a comprender.

El sueño representa la disociación que Altea busca elaborar. Ella conoce sus dos pertenencias: aquella en la cual el campo de concentración le es familiar, y ésta, de su vida actual, en la que se mueve denunciándolo. Las personas que están delante y detrás de ella no se ven entre sí; sólo ella ve toda la escena. Su zona gris, su ambigüedad, se expresa en su desconcierto: Altea no sabe de qué parte le han disparado.

El mensaje del sueño parece pertinente para la cuestión del desafío: "Perdiste, nena", le dice el torturador. "Perder - vencer" se hace enseguida el lema de Altea, agredida por amenazas tanto imaginarias como reales. Interpreté el sueño sobre el plano de su inocente omnipotencia al verla como una niña perpleja y desconsolada que ve todo pero no puede comprenderlo. No creo que hayan, a priori, fantasías infantiles que correspondan a una crueldad voluntariamente organizadas para destruir el "instinto de reposo", como lo llama Ferenczi, es decir, aquella fantasía originaria del otro complementario (la confianza de base), que corresponde a la necesidad de seguridad y de certeza, constituyente básico de los seres humanos.

Mi movimiento contratransferencial me lleva a identificarme con Altea en su desilusión frente al mundo y a sus trampas. ¿Hay un consenso y una colusión con ella en mi manera de ver el mundo tan equívoco y tan desafiante? ¿Hay una contratransferencia concordante positiva, como diría Racker?

En el sueño, Altea manifiesta una mirada omnipotente: "ve todo", pero es vulnerable, y su actitud demasiado expuesta hace pensar en una "crucifixión". Esto se confirma en un sueño posterior en el cual la paciente se muestra preocupada por la opinión de la terapeuta, que se vuelve para ella una figura de quien, en su desconcierto, espera sugerencias de

comportamiento para vivir. El sueño se centra sobre un problema de “posición de los brazos”, que no debían estar ni abiertos, como los de Cristo, ni alzados, como para rendirse, ni bajos, como para dejarse caer, pero puestos hacia adelante, de manera de poder llevar “un montón de sábanas plegadas”, o, quizás, a una persona. Llega a asociar que aquél es el gesto con el cual sostiene, en su mente, al marido asesinado, descubriendo por esta vía su duelo suspendido por aquella muerte, aunque recuerda que a menudo pensaba: “Menos mal que él no ha conocido estas cosas”. Entenderemos de aquí en más que el aparente olvido y suspensión del duelo habían sido para ella una manera de proteger al marido de la indignidad que ella vivió. Durante todo el tiempo de su cautiverio el recuerdo de su marido, aunque reprimido u olvidado, fue su auténtico “objeto a salvar” y significaba para ella, el secreto y el profundo desafío frente a la situación perversa.

En el primer sueño, la incerteza y la duda por no saber quién la había fusilado expresan la ambigüedad de Altea inducida por el “saboteador interno” que no le permite interpretar correctamente sus percepciones. Altea perdió aquel “*background of safety*”, aquel acuerdo con las propias percepciones del que habla Sandler (1987), que constituye para el niño un apoyo interno a partir de la experiencia de reciprocidad con un mundo externo continente en el cual ha encontrado una pertenencia de base, o una identidad de base, como diría Lichtenstein. La ruptura de la pertenencia de base y del sentimiento de continuidad identitaria del prisionero pasan a través de la confusión de sus percepciones, con la provocación del terror, con la pérdida de todos los depositarios externos (desde los vestidos hasta las leyes protectoras como el “*habeas corpus*”, entre otras) y con la inducción de pensamientos equívocos y paradójales.

Por todo esto es muy importante, en el comienzo de la cura, no confundir, en las interpretaciones, los agentes de la violencia con los objetos de base (padre, madre) y, en ningún caso, con el psicoanalista o viceversa. Mantener el objeto agresor bien diferenciado y controlar sus efectos es fundamental para desalienar, desidentificar y disminuir su influencia. Solamente más tarde en el proceso psicoanalítico será posible comprender el estilo defensivo del paciente y las diversas formas de su transferencia.

La violencia traumática provoca la regresión a un estado de ambigüedad, maleable y penetrable, que permite al torturador actuar una intromisión y ocupar en el mundo interno el lugar de los objetos privilegiados, usurpando y saboteando el “proyecto identificador” (Aulagnier, 1979) y el ideal de funcionamiento moral del sujeto. En el estado de in-

movilización y de dependencia afectiva que se produce en el prisionero, se realiza un “*imprinting*” del mundo externo actual, un “remodelamiento adaptativo” que es ignorado por el sujeto y que lo hace permanecer simbióticamente dependiente del contexto, además de estar ocupado en su mundo interno por una mentalidad que no es suya. Dicho en términos ferencianos, el sujeto victimizado introyecta o engloba el mundo concentracionario (o viene a ser introyectado o englobado por este mundo externo en el cual se encuentra) y al mismo tiempo ofrece, inconcientemente, su mundo interno a las imposiciones del agresor.

Isidoro Berenstein (2001) hace notar oportunamente (en perfecta línea ferenciana) que la imposición actuada desde un otro y la identificación no son la misma cosa. Si de hecho la introyección, la internalización y la incorporación, son facilitadas por el estado de regresión a la ambigüedad determinado por la situación de violencia, la identificación implica un funcionamiento yoico más maduro y diferenciado.

Para ampliar el sentido de la “identificación con el agresor”, tal como lo comprende Ferenczi, a los pacientes que han vivido situaciones de violencia social, debemos poner en primer plano el hecho de que el móvil del impostor-agresor es político e ideológico, además de oportunista.

El terapeuta que trabaja con estos pacientes no debe hacer ninguna concesión al objeto impostor. En otros términos, en estas situaciones no hay ninguna razón para aceptar la usurpación de la transferencia que fue conseguida por el impostor y ni siquiera es correcto reconocerle ninguna función materna o paterna en relación con el paciente.

Para el paciente sobreviviente (y además exiliado), el poder deshacer los compromisos internos con la situación perversa y la progresiva condena moral, no se limitan al tiempo de la terapia, sino que estos se presentarán nuevamente como un problema existencial a resolver y reelaborar en diversos momentos y circunstancias de la vida, conjuntamente con la necesidad de comprender tanto el escenario sociopolítico en el que tuvo lugar su experiencia traumática como aquél en el cual vive actualmente.

El principal “común denominador” de todas las circunstancias violentas en las cuales es posible una “identificación con el agresor” es el sentimiento autorreferencial de la víctima (autoplasticidad), vale decir, el sentirse responsable de aquello que los otros le han hecho. Pero, sentirse responsable no equivale a sentirse culpable. En un sentido intrínseco a la condición humana, se es responsable cada vez que alguien infringe, nosotros u otros, las “reglas que nos hacen comportar como personas”

(Bleger, 1987) o cuando experimentamos la falta de aquel “mecanismo que nos posibilita, en general, adoptar una actitud frente a la vida anímica del otro” (Freud, 1921 p.104). Paradojalmente, la víctima toma sobre sí y como propia, la falta de capacidad de “com-pasión” del agresor (¡otro ser humano!), y no hay que asombrarse si gran parte del trabajo terapéutico con niños abusados y con víctimas de la violencia social requiere reforzar nuestra incansable disponibilidad para recuperar la “simpatía” relacional destruida por el trauma sufrido.

En mi contratransferencia, finalmente, he podido percibir, en ciertas circunstancias, un sutil sentimiento de “*desaliento*” debido a la sensación de tener que asumir una responsabilidad imposible: aquella de reparar, sólo con medios metafóricos, una destrucción social transubjetivamente percibida, en la que todos estamos incluidos.<sup>8</sup>

\* \* \*

Para concluir, volviendo a Altea, la “perversión” relacional, buscada a sabiendas por el sistema torturante, trata de volverla hipócrita, falsa con los otros, infringiendo su sentido de integridad. El sistema torturante quiere que el prisionero haga “como si” las cosas más siniestras e inaceptables fueran banales (por ejemplo: charlar mientras se escuchan gritos espantosos). Quiere que éste se vuelva invisible, “imperceptible” para los otros, indiferente e insensible a sus propias percepciones, es decir, quiere que acepte ser “masa indiferenciada”. El prisionero no es manipulado a nivel del ideal del yo, sino más allá de cualquier ideal representable. Intento decir con esto que aquello que se quiere del prisionero es que acepte obediente la pertenencia al mundo tanático, más allá de su rechazo, su odio, su disgusto, su “no, no quiero” (Ferenczi) y a tal fin, se provoca activamente en él –como también ocurre en el niño abusado– la “defensa a través de la ambigüedad” que permite la “introyección del agresor” y que, como dice Ferenczi “los entorpece y les arrebatan el sentido” (1966[1933] p.144), “los deja mudos, e incluso pueden hacerles perder la conciencia” (1984 [1933] p.145). Y continúa Ferenczi

<sup>8</sup> La transubjetividad puede ser entendida como reglas universales o culturales compartidas (por ejemplo la prohibición del incesto) o como instituciones compartidas (por ejemplo, la ley y el Estado) que ofrecen marcos y certezas básicas. En el nivel afectivo o de la convivencia, prefiero considerar la transubjetividad en relación con sentimientos e ilusiones de fe (seguridad) o de catástrofe (pérdida de la fe) por desaparición de los encuadres concretos o de las referencias simbólicas compartidas. Por ejemplo, los eventos bruscos e inesperados del 11 de septiembre de 2001 hicieron que cada uno experimentara la propia e íntima transubjetividad, es decir, su pertenencia a un conjunto. Esto puso en evidencia la desequilibrante y masiva introyección de la ambigüedad que estaba depositada en macrocontextos, comunes a todos, pero totalmente obviados e ignorados antes del evento.



Mediante la identificación, digamos la introyección del agresor, el niño desaparece como parte de la realidad externa, transformándose en algo intrapsíquico en lugar de extrapsíquico; en estas condiciones, lo intrapsíquico se somete, [...] al proceso primario, es decir, de acuerdo con el principio del placer. (1966 [1333] p. 144-145)

¿Cuál sería el placer en estos casos? Creo que no debemos olvidar que en la “regresión a la ambigüedad”, en tanto “defensa mayor”, el placer buscado no es otro que el “placer del reposo”: la profunda búsqueda de un nuevo vínculo libidinal simbiótico y primario de seguridad, de *cualquier seguridad o certeza* y, por lo tanto, de una adaptación a cualquier cosa, a cualquier realidad!

La “identificación con el agresor” implica, para Ferenczi, que el niño tome como propia la culpa y la responsabilidad que el adulto abusador se niega a asumir. En realidad el agresor crea voluntariamente, a través de la imposición de secreto, un engañoso contexto de cautiverio externo e interno que impone la connivencia, la lealtad y la complicidad con el carácter clandestino e ilegítimo de los actos sexuales o de otra especie. Esta sería la manera con la cual el agresor proyecta activamente la “causalidad” de los hechos abusivos sobre el niño (y a este resguardo el psicoanálisis no ha evitado, de manera suficiente, ser cómplice de los prejuicios culturales, como denuncia Ferenczi.) Pero, aquello que Ferenczi llama sentimiento de culpa del niño podría también ser considerado como vergüenza, si se piensa en la perturbadora y desorientante confrontación de las diversas imágenes de sí mismo en relación con el abusador y con las otras personas de su entorno familiar. Esto equivale al sentimiento de vergüenza que en el ex prisionero aparece con mayor evidencia cuando sale del contexto perverso.

Por último, cuando hay violencia traumática, tanto en la familia como en la sociedad, el malentendido se vuelve casi obligatorio, ya que la “defensa a través de la ambigüedad”, representa, para todo el grupo de pertenencia, una incapacidad de percepción y de juicio, una “confusión de las lenguas”, que impide aclarar las propias dudas y el alarmarse a tiempo.

En síntesis, podemos decir que tanto el prisionero sobreviviente como el niño maltratado o abusado ¡ni son entendidos, ni son escuchados, ni son creídos por los otros!

A partir de la experiencia clínica con pacientes que fueron sometidos a traumas extremos, he podido hipotetizar la existencia de dos diferentes mecanismos de supervivencia psíquica que surgen disociados du-



rante el período traumático: la “adaptación a cualquier cosa”, (a la que ya me he referido) y el “objeto a salvar”, representación intrapsíquica de la relación de protección a otro, por cuya suerte o destino el sujeto se ha preocupado secretamente. Nos preguntamos si también en el niño abusado se pueda imaginar tal mecanismo. Así lo creo, ya que el “objeto a salvar” es, en mi opinión, una parte sustancial de aquella “oposición crítica a la situación traumática” que, según Ferenczi sugiere, existe siempre en toda víctima. El “objeto a salvar” es la representación de un vínculo donde no hay traición y, para decirlo en el estilo de Winnicott, es la expresión de la esperanza y la ilusión de una “verdadera” relación no alienante.

Con Ferenczi bien sabemos que el niño protege al agresor (lo hemos constatado también en el caso de Altea); pero, a partir de la idea del “objeto a salvar”, creo que es necesario tener presente que una importante tarea terapéutica sería buscar el “verdadero” y auténtico objeto salvado por el niño, tanto a nivel intrasubjetivo como intersubjetivo. Muchas veces el “objeto a salvar” es la madre que el niño cree que no podría tolerar la cruda realidad del abuso traumático, ni la confusión moral que eso introduce en el niño mismo y en su familia.

Dice Ferenczi: “Debo recordar a ustedes que los pacientes no reaccionan a frases teatrales, sino a una simpatía realmente sincera [...]. En todo caso ponen de manifiesto un conocimiento notable, casi clarividente, de los pensamientos y las emociones del analista”. (Ferenczi (1966 [1933] p. 143). Por cierto, el paciente quiere protegernos del horror; debe explorar nuestra “tolerancia al displacer” y la “consistencia” de nuestro sentido de la realidad. Nos convertimos para él en su “objeto a salvar”, con el cual recupera la experiencia de aquellos vínculos de solidaridad primarios ya introyectados que le permitirán retomar su proyecto identificador y “catectizar el tiempo futuro” (Aulagnier, 1979). Todo esto es todavía más evidente en los niños maltratados que piden a sus terapeutas que representen y signifiquen para él un mundo humano alternativo que, “renunciando al incesto” (Gressot, 1966), pueda sostener su crecimiento moral.

“Sin simpatía no hay curación”, dice Ferenczi; en los pacientes víctimas de la violencia familiar y social esta simpatía deviene en una alianza, (¡quizás una colusión legítima!), que se opone a la adaptabilidad inconsciente de ambos, paciente y terapeuta, para así desafiar nuestra involuntaria connivencia y complicidad con el sistema de violencia. (Amati Sas, 2000 a, b). Con la palabra “desafío” quiero precisar que la supervivencia psíquica tiene exigencias éticas legítimamente agresivas. Desafía-

remos en nosotros aquella elasticidad, maleabilidad, ambigüedad y de esa manera “el yo tendrá la posibilidad de evitar la ruptura hacia cualquiera de los lados deformándose a sí mismo, consintiendo menoscabos a su unicidad y eventualmente segmentándose y partiéndose” (Freud, 1924 p.158), situaciones éstas que hacen aparecer como obvio y normal aquello que es escindido, loco y perverso.

No creo que idealizar teóricamente las explicaciones relativas al mundo interno, disociándolo de los contextos y del macro-contexto del mundo externo, nos ayude en la comprensión de las situaciones de violencia social, tan delicadas para la condición humana; por el contrario, el reconocimiento de nuestras defensas colectivas puede auténticamente venir en nuestra ayuda para lograr el “*insight*” de lo que es trans subjetivo en cada uno y permitírnos modificar, tal vez, nuestras reacciones groseramente conformistas.

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Amati Sas S. (1985). Megamuertos: unidad de medida o metáfora? *Revista de Psicoanálisis*, 42, 1282-1372 (Perché accettiamo l'inaccettabile. *Sapere*, 51, 10).
- (1989). Récupérer la honte. In J. Puget, R. Käes et al. (a cura di) *Violence d'Etat et Psychanalyse*. Dunod, Paris (trad. it. *Violenza di Stato e Psicoanalisi*, Gnocchi, Napoli, 1990). Recuperar la vergüenza. En *Violencia de Estado y Psicoanálisis*. Bs.As. Centro Editor para América Latina (1991).
- (1992a). Ethics, shame and countertransference. *Psychoanalytic Inquire*, 12, 570-579.
- (1992b). Ambiguity as the route to shame. En *Int. J. Psycho-Anal.*, 73, 329-34.
- (1992c) Alarma ética en psicoterapia. En *Psicanalisis ApdeBA-Vol.XIV-No1*, 21-29.
- (1994). Etica e trans-soggettività. *Rivista di Psicoanalisi*, 1994, XL, 4.
- (1996). L'ovvio, l'abitudine e il pensiero. *Settino*, 1, 1.
- (1998). Crimini dell'umanità e psicoanalisi: quale felicità? *Psiche*, 2, 145-151.
- (2000). La realtà psichica e le sue circostanze. In C. Genovese (a cura di), *La realtà psichica*, ed. Borla, Roma, 2000.
- (2000). La interpretación en el trans subjetivo. *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires,? XXX .
- Aulagnier P. (1979). *Les destins du plaisir*. Le fil rouge, PUF, Paris. (1994) *Los destinos del placer*. Buenos Aires. Paidós.

- Berenstein S., Berenstein I. (1985). Incidencia del conflicto bélico en el diálogo analítico. *Psicoanálisis* IV, 3, 575-589.
- Berenstein I., Puget J. (1997). *Lo vincular*. Paidós, Buenos Aires.
- Berenstein I. (2001). The link and the other. *Int. J. Psychoanal.* 82, 141.
- Bleger J. (1967). *Simbiosi e ambiguità*. Ed. Lauretana Loreto, 1992.
- (1987). Le groupe comme institution et le groupe dans les institutions. In R. Kàes (a cura di), *L'institution et les institutions*, Dunod, Paris.
- Borgogno F. (1999). *La partecipazione affettiva dell'analista*. Franco Angeli, Milano.
- Bonomi C., Borgogno F. (a cura di) (2001). *La catastrofe e i suoi simboli*. UTET Libreria, Torino.
- Eigen M. (1985). Towards Bion's starting point: between catastrophe and faith. *Int. J. Psycho-Anal.* 66, 321-330.
- Ferenczi S. (1913). Fasi evolutive del senso della realtà. In *Opere* vol. 2, Cortina, Milano, 1992.
- (1926). Il problema dell'affermazione del dispiacere. Progressi nella conoscenza del senso di realtà. In *Opere* vol. 3, Cortina, Milano, 1992.
- (1932). Confusione delle lingue tra adulti e bambini. In *Fondamenti della psicoanalisi* vol. 3, Guaraldi, Rimini, 1974. (1966 [1933] 139-149) La confusión de lenguas entre los adultos y el niño. En *Problemas y métodos del psicoanálisis*. Buenos Aires. Paidós.
- Freud A. (1936). *L'Io e i meccanismi di difesa*. *Opere*. Vol.1. (1961) *Los mecanismos de defensa*. Bs.As. Paidós.
- Freud S. (1919). *Il perturbante*. O.S.F., Vol. 9, 81-114. *Lo Ominoso*. Vol. 17 215-251 OC Bs. As. Amorrortu.
- (1921). *Psicologia delle masse e analisi dell'Io*. OSF Vol. 9. *Psicología de las masas y análisis de yo*. T. 18. O.C. Buenos Aires. Amorrortu.
- (1924). *Nevrosi e psicosi*. In "Collected papers", vol. II, Hogarth Press. *Neurosis y Psicosis*. T. 19. O.C. Buenos Aires. Amorrortu.
- Friedlander S. (1982). *Reflets du nazisme*. Seuil, Paris.
- Gressot M. (1966). L'interdit de l'inceste, précurseur et noyau du Surmoi Oedipien. *Revue Française de Psychanalyse*, Congrès de Langues Romanes.
- Levi P. (1986). *I sommersi e i salvati*. Einaudi, Torino.
- Nissim Momigliano, L. (1992) *Continuity and change in Psychoanalysis. Letters from Milan*. London: Karnak.
- Pachuk C., Friedler R. (a cura di) (1998). *Diccionario del psicoanálisis de las configuraciones vinculares*. Ed. del Candil, Buenos Aires.
- Puget J. (1988). ¿Qué es el material clínico para el psicoanalista? Los espacios psíquicos. *Psicoanálisis*, vol. X, 3, 445-453.
- Puget J-Kaes R. et all. (1989) *Violence d'Etat et psychanalyse*, Dunod, Paris.
- Puget J. (1995). Psychic reality or various realities. *Int. J. Psycho-Anal.* 76, 29-34.
- Sandler J. (1987). The background of safety. In "From safety to Superego", Karnak Books, London.
- Winnicott D.W. (1974). Fear of breakdown. *Int. Rev. Psycho-Anal.* 1, 103-107.